

«ELLA LO VA A PAGAR»: DESAFÍOS DE LA CLÍNICA EN CONTEXTOS VULNERABLES

*"SHE WILL PAY": CLINICAL CHALLENGES
IN VULNERABLE ENVIRONMENTS*

*«ELA PAGARÁ POR ISSO»:
DESAFIOS DA CLÍNICA
EM CONTEXTOS VULNERÁVEIS*

Rosina Asuaga

Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica
Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: rasuaga@gmail.com

ORCID: 0000-0001-9757-2344

Recibido: 17/3/2021

Aceptado: 23/6/2021

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

ASUAGA, R. (2021). «Ella lo va a pagar»: desafíos de la clínica en contextos vulnerables. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 2(2), 63-84. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/2.2.4.

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Resumen

En este trabajo me propongo reflexionar , a partir de un caso clínico, sobre algunos aspectos de la clínica con jóvenes que provienen de contextos socioculturales carenciados, donde el abandono, la violencia y el desamparo se repiten transgeneracionalmente. La fragilidad de estos pacientes y la vulnerabilidad del entorno social, económico y cultural en la que se encuentran dificultan la posibilidad de proyectarse en el tiempo y la continuidad del tratamiento se ve amenazada. En estos casos las variables se hacen constantes. Dejar espacio para la espontaneidad y flexibilizar algunos aspectos del encuadre posibilitan la continuidad de los tratamientos.

Palabras clave: continuidad existencial, impredecibilidad, falso *self*, verdadero *self*, transgeneracional.

Abstract

In this article, from a clinical case, I reflect on some aspects of my clinical work with young people who come from deprived sociocultural contexts, where abandonment, violence and helplessness are repeated transgenerationally.

These patients' fragility and the vulnerability of the social, economic, and cultural environment in which they live make it difficult for them to project themselves over time, threatening treatment continuation.

In these cases, variables become constants. Leaving room for spontaneity and making some aspects of the setting more flexible contribute to treatment continuation.

Keywords: existential continuity, unpredictability, false self, true self, transgenerational.

Resumo

Neste trabalho, a proposta é refletir a partir de um caso clínico sobre alguns aspectos da clínica com jovens provenientes de contextos socioculturais carenciados, em que o abandono, a violência e a desproteção se repetem através de todas as gerações. A fragilidade destes pacientes e a vulnerabilidade do ambiente social, econômico e cultural no qual estão inseridos tornam difícil a possibilidade de se projetar no tempo e a continuidade do tratamento passa a ser ameaçada. Nestes casos, as variáveis se tornam constantes. Deixar espaço para o espontâneo e flexibilizar alguns aspectos do enquadramento permitem a continuidade da terapia.

Palavras-chave: continuidade existencial, imprevisibilidade, falso self, verdadeiro self, transgeracional.

UNA CONSULTA SINGULAR

Diego llega a la consulta particular traído por su madre, desesperada por el comportamiento de su hijo y el sufrimiento que le genera. Al solicitar la hora por teléfono, Estela dijo: «La hora es para mi hijo, tiene veintiún años, lo voy a acompañar, si quiere entrar él solo, mejor. El problema es que él es adoptado y no lo puede aceptar».

Llegan juntos. Entre los dos relatan la historia que los une, de forma deshilvanada, y yo intento desenredar un discurso confuso y develar la trama dolorosa que los trae a la consulta.

TENGO QUE ARREGLARME SOLO

ESTELA (E): Vinimos los dos... Él tiene un carácter muy explosivo.

DIEGO (D): Sí, es cierto. No aguanto nada ni a nadie. Eso me trae problemas. No me gusta falsear, a buenas me sacás todo, pero no me falsees.

TERAPEUTA (T): ¿Falsear? ¿Qué sería?

D: Que te mienten en la cara o te están tomando el pelo, o hablás con uno y sale repartiendo..., no digo de secreto...

T: ¿Con tu madre te pasa eso?

D: No, porque nos vemos de vez en cuando.

E: Él se fue a vivir solo desde los dieciocho años.

T: Y consultan juntos...

E: Hace muchos años que queríamos venir... Hay un problema: él nunca aceptó ser hijo del corazón y que la madre no lo acepta.

D: Ella no existe, eso no importa..., la vi alguna vez.

Estela cuenta que, en su juventud, ella tampoco aceptaba no quedar embarazada y que a los veintiocho años había decidido adoptar. Un familiar la contactó con una mujer embarazada «dispuesta a dar» al bebé.

E: Era tanto el trauma que yo tenía..., deseaba tener un hijo y no quedaba embarazada... A los seis meses de su embarazo comencé a visitar a la madre, le llevaba verdura, leche en polvo para el otro hijo de dos años... Fue legal, la abogada hacía los papeles. Unos días después del nacimiento de Diego, me la encontré y me dijo: «Yo no lo quiero de ninguna manera y, si alguna vez nos encontramos, alejate dos cuadras, no quiero verlo».

Estela mira a Diego, me mira y agrega: «De esas cosas se está enterando ahora». Cuando Diego tenía nueve meses, Estela quedó embarazada. Al año y medio nació su hermana y ocho años después nació su hermano. «Tomó teta dos meses, él de un lado y su hermana del otro... Siempre traté a mis hijos igual, no hay diferencia». A los seis años se enteró por una prima que era adoptado.

Diego vive sus veintiún años de actuación en actuación, generando malestar en su entorno familiar y laboral. Al parecer todo le resbala, nada le importa. Dice:

En el trabajo ahora estoy suspendido por nueve días... Hago cualquier cosa, falto, hablo mal, me enojo. Solo dos compañeros me hablan, esperan a que se me pase... Quiero que me echen, pero no lo consigo... Le hablo mal a la encargada, rompí un portón a propósito... No quiero ir más, pero no me echan... ¿Renunciar? Ni loco, quiero irme con plata.

A los quince años hacía picadas en moto. A los diecisiete años, alcoholizado, tuvo un grave accidente, que lo dejó internado en CTI varios

días. «Mi padre me dijo que había sufrido mucho cuando estuve internado, que así no podía seguir. Tenía diecisiete años; cuando cumplí los dieciocho, me fui».

Al finalizar, planteo:

T: Es importante continuar pensando estas cosas, sin duda dolorosas para todas las partes: la adopción, los secretos, las diferencias y similitudes entre hermanos. En esta historia hay mucho sufrimiento...: una mujer que no puede concebir, un niño que se entera de que es adoptado, una mujer embarazada que no puede criar a su hijo...

E: Que no quiere.

D: Sí, ella no quiso.

T: No quiso, no pudo... Estas cosas las podremos pensar más adelante.

E: Pero tenía otro hijo y con ese se quedó.

En su relato, Estela denuncia el *abandono* materno de un modo cruel, como si ella fuera la víctima, sin poder cuidar a Diego ni discriminarse de su dolor. En un intento de protegerlo, planteo la posibilidad de que Diego venga solo la próxima consulta. La madre asiente y lo mira.

D: No, yo no vuelvo, yo ya te pagué.

E: Pero es importante que vengas de nuevo, por lo menos tres veces.

D: Ya te pagué.

T: ¿Qué es lo que pagaste?

D: Le dije que venía y vine.

T: ¿Tenés que pagarle a tu madre? ¿Le debés algo?

D: Sí, que me haya cuidado, por todo lo que me dio.

T: Estela, ¿usted cree que le debe algo?

E: No, yo lo que quiero es verlo bien.

D: Sí, pero yo no vengo más, yo tengo que arreglarme solo, es mi problema. Yo no voy a volver.

Diego cree que tiene que *arreglarse solo*. Dudo que vuelvan, por lo cual me arriesgo a hacer una devolución, para que al menos *se lleven algo*:

Pienso, Diego, que estás deprimido, por eso tus enojos, el mal carácter y el abuso del alcohol. También veo una madre preocupada pidiendo ayuda y un joven que sufre y no puede tomar las riendas de su vida, que se pone en riesgo. Hay mucho dolor en todo lo que cuentan. Dar este paso, consultar, es algo difícil y valorable, lo cual me genera un gran respeto hacia ustedes. Me gustaría que volvieran para continuar pensando juntos. Pienso que los puedo ayudar.

En este momento me siento conmovida y creo percibir que algo similar les sucede a ellos. Les digo que voy a reservar una hora para la próxima semana, que si deciden venir los voy a estar esperando. Sugiero que Estela le recuerde con tiempo a Diego la cita. Dudo que vuelvan.

Mientras escribo, acuden a mi mente los versos de una canción que continuará acompañándome a lo largo de esta escritura:

Soy quien soy
No preciso identificación
Sé de dónde vengo y dónde voy
Porque soy lo que soy
Y no quien quieras vos

El hijo de Hernández,
Cuarteto de Nos

HAY QUE ALAMBRARLA Y PRENDERLA FUEGO

Para mi sorpresa, vienen. Llegan juntos.

Horas antes, Estela se había ocupado de recordarle a Diego que hoy era el día de la consulta. Diego no se acordaba. Tampoco recuerda lo que hablamos en el encuentro pasado. Expreso que yo sí lo recuerdo y que estuve pensando mucho en ellos.

E: Yo le dije: «No voy», y él me dijo: «Vos vas». Y, bueno, yo siempre acompaño, mi marido es viajante...

D: Yo por mí no vendría, aunque sé que tengo que cambiar algunas cosas.

T: ¿Cuáles?

D: El carácter, pensar más en los demás, que me empiecen a preocupar más las cosas; todo me resbala, soy egoísta. Viviendo con mi abuela me dejó ser así.

Diego se fue a vivir con su abuela paterna cuando cumplió los dieciocho años, tratando de evadir de este modo los límites que su padre le había impuesto luego del accidente. Meses después, se fue a vivir solo. «Era una bala perdida, pasaba dos o tres días sin ir a dormir, arranqué a tomar... Por mí, vivía solo toda la vida».

Hablo sobre los dos Diegos: uno al que nada le importa y todo le resbala, y otro que se preocupa y viene acá a pedido de su madre. Diego asiente, me mira y percibo que puede escuchar.

E: Tal vez la culpa es nuestra, lo criamos egoísta, todo era para él primero, después venían los hermanos.

T: Había diferencias entonces...

E: Sí, él tenía todo primero.

T: ¿Por qué?

E: Él necesitaba el doble de protección, él tenía su carga arriba, yo tenía que salir a luchar por él. Yo lo elegí a él, los hijos biológicos vienen... Después de él... vengo yo. Tengo mi carga de mi niñez, cuando él no tenga que venir más voy a venir yo. Yo salí a pelear por él, me vestía de acero, él era mi pequeño tesoro.

T: ¿Por qué tenía que pelear por él?

E: Al no poder tenerlo yo... Él había llegado a mi vida... Cada vez que me llegaba la menstruación era desesperante. Mi marido no estaba en la semana, casi todo lo hice yo sola, las visitas a la madre, buscar un abogado. Cuando fuimos a conocer a la madre fuimos yo y Diego.

T: ¿Cómo es eso?

E: A los dieciséis años, él quería conocerla, insistió tanto que lo acompañé.

D: Hay que alambrarla y prenderla fuego.

E: Ella dijo que no había nacido, que no fuéramos más o nos prendía fuego. Eso lo tenés que hablar [mirando a Diego].

D: Si un día me levanto con el pie izquierdo..., ella lo va a pagar. Tal vez por eso soy así, no conozco el límite.

E: A veces anda desgreñado, sucio, cochino, parece esos que piden en los semáforos, esos que juntan basura. No entiendo por qué lo hace. ¿Es para molestarnos?

D: Me visto así porque quiero, soy así [fastidiado].

E: Usted no se lo imagina, es otro.

T: ¿Será que a veces te sentís como una basura?

D: ¿Yo basura? Tengo un ego... A veces soy agrandado, me burlo de los demás... Soy una mierda con las mujeres, las hago sufrir.

E: Las mujeres para él no tienen valor.

D: Siempre fui un hijo de puta: engancharlas, que dejen todo por mí y, después de que dejen todo por mí, yo las deajo. Siempre me gusta salir

con muchas a la misma vez... No se me escapa ni un «te quiero» ni por joda. Y hubo una que pudo haber sido mi pareja..., pero no, yo salía un día con una y otro día con otra.

T: Como si no pudieras elegir, dirigir tu vida. Parece que te sentís prisionero de tu mal carácter, de tu historia, maltratando a los otros, tomando para llenar un vacío.

D: Sí, así me siento, nada me importa.

T: Sin duda, cargás con una mochila muy pesada, el rechazo de tu progenitora es como una puñalada. Pero también es cierto que viviste cosas buenas; sin embargo, esas experiencias se desvanecen... Yo no creo que todo te resbale, que nada te importe. Creo que no podés llenarte de cosas buenas, retenerlas y poder darlas en un vínculo amoroso con una pareja o con tu familia... Sin embargo, estás acá. Tenemos que trabajar juntos para que ese Diego, que sí quiere y se preocupa, se fortalezca, crezca y le gane al Diego herido, apuñalado.

Finaliza la entrevista, al igual que la anterior me conmuevo. La madre le dice que tiene que venir diez veces más, que ella lo va a traer si es necesario. Diego me pide un certificado para presentar en el trabajo. Tengo la impresión de que van a volver.

Mi personalidad no va a cambiar
Porque alguien diga cómo tengo que actuar
Pero yo no permito que a mí nadie me mande
Yo no soy el hijo de Hernández

El hijo de Hernández,
Cuarteto de Nos

¿QUIÉN TRAE A QUIÉN?

A la tercera entrevista, para mi sorpresa, no llegan. Llamo a Estela y me comenta que, si bien el día anterior le había recordado a Diego la cita, él no pasó a buscarla, como habían quedado, y no contesta el teléfono. Le doy otra hora más tarde y le digo que, si no logra comunicarse con él, igualmente venga ella.

Estela llega sola. Relata su historia de abandonos y sufrimiento, y habla de la separación de sus padres y de las condiciones de pobreza y soledad en las cuales creció:

Vengo de una madre abandonica, padre abandonico, crie a mis hermanos. [...] Mi madre se junta con un..., hace pareja, ahí empieza otra tortura más. Con mis hermanos estuvimos una semana durmiendo arriba de un baño, no nos quería, yo a él le llevaba la contra... Ella no se puso en el lugar de madre... Ella no quería que viéramos a nuestro padre, él supuestamente vino un día a vernos y ella lo corrió.

También Estela corre a la progenitora de Diego cuando intenta conocerlo a los diez años. «Le dije que todavía no. Ella pide una foto y le dije que no. [...] Diego siempre supo todo, el nombre de la madre, de los hermanos». Sin embargo, ante mi pregunta confiesa que Diego no sabe sobre este intento de visita. Tampoco le contó que su progenitora le ha enviado una foto de ella.

El desconocimiento, la desmentida, el abandono y la traición trascienden las generaciones y los envuelven en un círculo de repetición. «Ella» es el modo en que Estela nombra a su madre. «Ella» es el modo de nombrar a la progenitora de Diego. En el discurso parecen confundirse y mostrar el entretejido de identificaciones.

«Diego me cansa, me agota, vengo luchando desde que nació... Todo es Diego.» ¿De cuál lucha habla?, ¿de la suya como madre o como hija? La llegada de Diego a su vida la enfrenta a la maternidad y, al mismo tiempo, a su imposibilidad de concebir. Me pregunto: ¿qué lugar viene a ocupar Diego?, ¿qué significantes le son asignados?, ¿qué vacío tiene que llenar?, ¿qué posibilidades tiene de existir?¹

Me pregunto también quién trae a quién a la consulta: ¿Estela trae a Diego o es traída por él? ¿Qué sucedió en etapas tempranas del desarrollo de Diego? ¿Podríamos pensar en una depresión materna? ¿Qué cosas no pasaron cuando algo tenía que pasar (Winnicott, 1989)?

Poco a poco, en el correr de los encuentros, logramos desenredar las historias, abrir preguntas, encontrar respuestas. Poder centrar la atención en el aquí y ahora del vínculo y *salir* de la terrible historia de abandono y rechazo de Diego, para poder ahondar en la suya. Pasamos de la tragedia al drama para que Estela pudiera afrontar por sí misma sus conflictos.²

Estela puede comenzar a pensar a partir de su historia y comprender que su depresión viene de otros tiempos. «Es una cosa no resuelta de niña, que yo tendría que haber resuelto antes de Diego... Él vino a que yo pudiera», dirá Estela tiempo después.

Usted me confunde y no sé qué pretende
Ya le expliqué, pero se ve que no entiende
Y esa equivocación es un error grande

-
- 1 Ricardo Rodulfo (1989) plantea la importancia de preguntarnos frente a un paciente: ¿qué representa este chico para el deseo de los padres?, ¿para qué se lo desea? El mito familiar (puñado de significantes dispuestos de cierta manera) se caracteriza por lo que el niño *respira* allí donde está colocado.
 - 2 Susana García Vázquez (2010) cita a Alain Fine (2002), quien plantea que los «pacientes cuyas inscripciones en el orden de lo trágico quedaron fijadas como tales y no pueden imaginar ser ellos mismos autores de su propia existencia, quedando presos de un destino, un pasado eternamente presente» (s. p.).

Yo no soy el hijo de Hernández
No me siga ni me pida
Que sea cómplice en su mentira

El hijo de Hernández,
Cuarteto de Nos

SOY COMO EL ARROZ, SOLO ESTOY PARA ACOMPAÑAR

Continúo trabajando en un encuadre incierto. Algunas veces Diego no llega, su madre y yo intentamos darle al tratamiento la continuidad que él no puede sostener. Trato de ordenar el discurso de ambos, otorgarle sentido, que logren escucharse y poder pensar el vínculo: ¿qué espera uno del otro?, ¿cómo se sienten mirados?, ¿en qué cosas se parecen y en cuáles son diferentes?

A Diego lo despiden de su trabajo, está molesto con una compañera: «Me siento traicionado... Lo va a pagar. [...] Por otro lado, me da pena por el encargado, éramos muy pegados. Ahora la mochila queda para él. Queda él solo con todo... Le fallé».

Diego puede acercarse a la idea de que sus actuaciones lo llevan a perder cosas y que esto tiene consecuencias. Se enfurece al descubrir que no es omnipotente:

D: Yo quería que me echaran, pero cuando yo lo decidiera.

T: No tolerás los límites.

D: Eso es así, no me aguanto nada de nadie. Estaría como un fiolo con mi abuela. Era una convivencia como si fuera mi mujer, pero no la tocaba..., como una mujer... A veces dormía con ella..., no mantenía relaciones sexuales, claro... Un día discutimos, me pintó la locura y me fui a la mierda.

Falla la represión y prevalecen los mecanismos de escisión.³ Le muestro estos aspectos escindidos, un Diego omnipotente que no necesita a nadie, otro Diego indefenso que teme el abandono, quedarse solo.

D: La otra noche no quería estar solo, quería ver a mi abuela, eran las once de la noche. Me subí a la moto y arranqué. A mitad de camino, dije: «¿Qué hacés?». Me volví a mi casa.

T: Es importante que te permitas sentir que necesitás a las personas que querés.

D: Lo que pasa es que es un ratito, el amor mío es un ratito. Voy a ver a mi padre, a tomar mate y al ratito me empieza a hablar... y me voy. Yo soy como el arroz, estoy solo para acompañar.

«Soy como el arroz blanco», repite Diego. También la madre dice que ella está para acompañar. Sin embargo, el reclamo de ambos es que el otro no acompaña.

D: Yo la invito a mi madre a salir, dar una vuelta, pero no quiere.

E: ¿A las picadas?

D: ¿Y por qué no? [se ríe]. A comer unas pizzas, vos nunca querés.

E: Y yo tengo que pagar...

D: Y, bueno, si me querés, manteneme [riéndose].

¿Cuál es el modo de Estela de acompañar el crecimiento de su hijo? ¿Será que, tal vez, Diego llega a su vida para *acompañarla* y evitar que caiga en una depresión? ¿Por eso Diego siente que solo sirve para

3 Al respecto, ver el concepto de *regresión clínica* comparado con el de *organización defensiva* (Winnicott, 1989).

acompañar, para amoldarse al otro? Me pregunto: ¿cuál es mi modo de acompañarlos en este proceso?

Intento ser cautelosa, ya que también el tratamiento se ve amenazado con *durar un ratito*. Cada vez que Diego se despide, pienso que es probable que no vuelva.

Al mismo tiempo, en algunos momentos puede pedir ayuda: «A veces siento una locura en mi cabeza, un entrevero difícil de manejar. Quiero que vos me arregles la cabeza».

Sin embargo, nunca se compromete a volver: «No sé si voy a estar la semana que viene, me voy de gira con amigos», «De repente me voy a trabajar a Treinta y Tres».

Lo impredecible amenaza la continuidad del tratamiento. Tal vez este sea el modo de mostrar las fracturas de su continuidad existencial/personal debido a las fallas en la confiabilidad del ambiente en etapas tempranas, previas al desarrollo de los mecanismos que vuelven predecible lo impredecible (Winnicott, 1989). Esta impredecibilidad genera en mí desasosiego, preocupación y desconcierto ante la invasión de emociones y sentimientos encontrados.

Estela se queja de que su hijo es arrogante, mentiroso, sucio, alcohólico. Diego se presenta como egoísta, indiferente, hijo de puta, mujeriego. Para mi sorpresa, no siento rechazo. Veo otro Diego. Su mirada, sus gestos, parecen no acompañar del todo su discurso. No dudo de que su petulancia, su sentido grandioso de autoimportancia, su falta de empatía, es una máscara que responda a la construcción de un falso *self*.

Diego es un paciente grave. Su inestabilidad afectiva, sus sentimientos crónicos de vacío, sus adicciones, su impulsividad y sus conductas antisociales lo ponen en riesgo y configuran un trastorno de personalidad *borderline*. Intento que realice una consulta psiquiátrica, pero se niega rotundamente. Como este tratamiento se da en el marco de la consulta particular, no cuento con un equipo interdisciplinario de apoyo.

No voy a ser otro porque a usted le conviene

Aunque mi declaración me condene

Sé quién soy y ande donde ande

Yo no soy el hijo de Hernández

El hijo de Hernández,

Cuarteto de Nos

¿QUIÉN TIENE QUE PAGAR?

Al sexto encuentro Diego no viene, trabajo con Estela. Dirá:

Desde que fui concebida, nunca me quisieron... Siempre fui depresiva... Yo era la hija mayor, supuestamente el hijo mayor es la ilusión... Mi madre quedó huérfana de madre a los ocho años, era la mayor, tenía siete hermanos, el menor tenía un año. Es para escribir un libro. Yo tenía escrito un libro con la historia de Diego, un día nos peleamos y lo quemé.

Estela logra ver cómo su historia, la de su madre y la de su hijo se entrecruzan. Me sorprende su capacidad de *insight*.

Los tres son los hijos mayores, los tres vivieron abandono materno. «Yo siempre quise tener un hijo, fuera casada, soltera o divorciada... Tuve un embarazo psicológico antes de adoptar a Diego; tenía barriga, el médico me dijo que tenía que sacármelo de la cabeza».

Al parecer Diego la habita desde mucho tiempo antes de nacer. Existe en ella sin necesidad de un hombre, sin embarazo, sin ley. Hace diez años que Estela no ve a su madre. «Una vez pensamos venir las dos a una psicóloga. Es una manera de saldar las cosas antes de irse».

¿Saldar? ¿Pagar? ¿Quién tiene que pagar...?

En los siguientes encuentros, Diego se enoja con su madre y amenaza con abandonar el tratamiento. Propongo que asistan separados, a fin de

apuntar a la discriminación y a que surja la demanda de Diego. Cada uno tiene su espacio una vez por semana.

Logro comunicarme con el padre vía telefónica, ya que por razones laborales no puede venir. Expresa preocupación por su hijo y muestra la impotencia que siente ante su comportamiento, que no acepte límites y dificulte el acercamiento, lo que provoca rechazo.

Al venir solo, Diego parece sentirse más cómodo y comienza a mostrar otros aspectos de su vida y de sus vínculos:

Mi madre es un tema, yo también. Es muy cerrada, lo que ella dice es eso. Yo me fui por eso, yo soy yo y ta... Si ella no tuvo vida, que me deje tenerla a mí... No te juntes con este, hacé esto, hacé lo otro. Que no asfixie.

Ella dice que es blanco, y es blanco... No sé si la quiero, no sé qué es la palabra *querer*... Mi abuela sí, es como una reina, es todo para ella, me deja andar. Si se me va la mano, me frena, me da la pauta.

Mi madre, con lo que me hizo, me empezó a alejar, me decía que yo era lo peor, que era un drogadicto. Yo no me drogaba en ese momento.

Diego se identifica con este mensaje materno y reiteradamente se llamará a sí mismo «el peor». Este tipo de atribuciones configuran lo que Hugo Bleichmar (1977) llama *creencias matrices pasionales*, que gobiernan el comportamiento por medio de enunciados identificatorios que modelan la subjetividad.

Marcelo L. Cao (2009) plantea que en la adolescencia el joven debe construir una nueva dotación identitaria, que requiere la fundación de un segundo y definitivo narcisismo. La presencia y el accionar de los *otros del vínculo*, los posicionamientos subjetivos que adopten, tanto en los momentos fundantes del psiquismo como a lo largo del ciclo vital, son de suma importancia, ya que serán abastecedores de investiduras y

significaciones. Las múltiples ambivalencias podrán infiltrarse en el sujeto, vía proyección o depósito, y dar lugar al desarrollo de los aspectos tanáticos del narcisismo. Una vez incorporados, una vez que el sujeto las haya hecho propias, continuarán en un diálogo interno (Cao, 2013).

Y continúa diciendo:

A este traspaso de afectos, representaciones y deseos actuales habría que agregar aquello que llega por vía de la transmisión intergeneracional. Esta transmisión de procesos y contenidos inconscientes no solo garantiza la continuidad de la vida psíquica en la sucesión de las generaciones, sino que refrenda la hipótesis freudiana de que ninguna generación está en condiciones de ocultar a las siguientes, sucesos psíquicos que resulten significativamente relevantes. (Cao, 2013, p. 97)

Me pregunto: ¿con que herramientas contaba Diego al transitar la adolescencia?, ¿podemos pensarla como una etapa cumplida?, ¿acaso el tratamiento podría ofrecerle el sostén y la confianza necesarios para construir identidad, acompañarlo a explorar sus orígenes, historizarse?

SOY COMO SOY

Diego plantea:

Soy como soy, no voy a cambiar. Llegué a estar dos años sin ir a la casa, sin dirigirle la palabra a mis padres... No me gusta despedirme, no me despido, me voy. Eso hago con las mujeres. De mi casa me fui sin hablar, no dije nada, hice el bolso y me fui.

Sin embargo, se queja de la indiferencia de su madre:

Me dejó tirado... Cuando la necesité, no la tuve... Ella lo va a pagar, esos dos años... Después que me fui de la casa de mi abuela, estuve una semana en carpa. Después viví como un mes en el furgón de un camión. ¿Viste eso que tengo problemas con los límites?, mi abuela me puso un freno y me fui. Durante cuatro o seis meses no supieron nada de mí. Mi viejo me llamó algunas veces y no le contesté.

Diego abandona, tal vez en un intento de discriminarse y comprobar si es querido, si alguien lo busca y lo rescata. No logra ponerse en el lugar del otro. Su familia se maneja del mismo modo. Hace años que el padre no habla con su madre (abuela de Diego), a pesar de ser vecinos. La ofensa y el corte en las relaciones es el modo de funcionamiento vincular. La traición, la desconfianza y el deseo de venganza ganan espacio en esta familia.

Intento hacer pensables estos aspectos y, fundamentalmente, construir con él un vínculo diferente. Cada encuentro es movilizador. Quedo extenuada y al mismo tiempo tengo esperanzas de poder ayudarlo. El día antes de la sesión le recuerdo por mensaje. Cumple con el encuadre. Su madre paga las sesiones. «Que pague ella y si no, mandala al clering».

Al parecer yo también puedo entrar en el círculo de traición y venganzas, puedo salir damnificada y transformarme en acreedora. ¿Quién tiene que pagar?, ¿la madre biológica?, ¿la madre adoptiva?, ¿la madre de Estela?, ¿Diego cuando accede a venir?, ¿yo?

Soy mis creencias y mis carencias

Soy mi materia y mi esencia

Soy mi presencia, mi ausencia, mi conciencia

Y mi apariencia, soy mi procedencia

El hijo de Hernández,

Cuarteto de Nos

SI ME QUERÉS, MANTENEME

La relación entre Diego y su madre se complica, lo que amenaza la continuidad del tratamiento, por lo cual resuelvo derivar a Estela con un colega y continuar trabajando con Diego. Acompaño a Estela en el proceso y comienza un tratamiento.

Diego viene dos veces por semana. Continúo recordándole el día anterior que lo espero, pero un día *me olvido* y le mando un mensaje temprano en la mañana. Diego no viene ni contesta. Luego me dirá que estuvo dos días en FM (drogado) y que por eso no vino.

El alcohol, las drogas, las conductas delictivas, la venta de objetos de dudosa procedencia, las peleas callejeras, las promesas de venganza, comienzan a ocupar lugar en su discurso. Se siente despreciado por su familia y desea vengarse: «Hoy si no caigo preso, me voy a drogar, voy a ir a la casa de mi madre y le voy a tirar la puerta abajo, prendo fuego la casa».

Intento ayudarlo a relacionar su angustia con sus actuaciones y con el consumo. Se preocupa, ya que tal vez sus padres no quieran seguir pagando el tratamiento. Le planteo la posibilidad de que él se haga cargo del pago. Con cara burlona expresa: «¿Pagarlo yo? Ni loco, prefiere tomármelo o comprar frula [droga]».

Diego se siente despreciado por su padre, desacreditado por su madre, desvalorizado por su entorno. Me muestra su sufrimiento y me hace padecer lo mismo; me desprecia y se burla de mí, tal vez en el intento de provocarme la rabia que él siente y poder nuevamente ubicarse en el lugar de «el peor». Pero yo no siento enojo, sino desconcierto y tristeza, y se lo muestro. Inmediatamente me dice: «No, no es así».

Es en estos momentos en los que aspectos del verdadero *self* comienzan a emerger y Diego puede deshacerse de esa máscara de indiferencia que lo protege y preocuparse por lo que generan en mí sus dichos.

John Bowlby (1989) plantea:

cada vez que el terapeuta queda desconcertado o resentido por el modo en que es tratado por el paciente, es lo bastante sensato para averiguar cuándo y de quién el paciente puede haber aprendido esa forma de tratar a otras personas. Con frecuencia la ha aprendido de sus progenitores. (p. 167)

Emocionalmente Diego es un niño asustado que se siente en riesgo de abandono. Al no poder ponerlo en palabras, mentalizarlo, lo pone en su cuerpo y en el acto. Él es entonces quien abandona y asusta con sus conductas de riesgo. Mostrándome su fragilidad también me muestra el camino por el cual yo debo transitar para acompañarlo. Un olvido de mi parte es sentido como abandono.

Volviendo a Bowlby (1989):

un analista debe tener en cuenta su responsabilidad profesional; porque, en el caso de pacientes que presentan un falso sí-mismo, esto puede ser muy oneroso. Winnicott describe el «período de dependencia extrema» que tales pacientes atraviesan durante la terapia y advierte que «los analistas que no están preparados para enfrentarse a las enormes necesidades de pacientes que se vuelven dependientes en este sentido, deben tener cuidado al elegir sus casos de no incluir los de tipo de falso sí-mismo». (p. 72)

Al finalizar esta sesión siento la angustia en el cuerpo, una sensación de vacío y una profunda tristeza. Estos sentimientos, en mayor y menor medida, de algún modo me acompañarán durante el proceso y generarán en mí desconcierto, curiosidad, necesidad de investigar y compartir.

Más tarde recibo un mensaje de Diego: «Gracias por los consejos de hoy. Cada día le estoy tomando más aprecio. Gracias por estar».

Diego comienza a alojar nuevas emociones y sentimientos y logra ponerlos en palabras. Puede empezar a interesarse en el otro y por el otro y agradecer lo que recibe. Algo comienza a cambiar. Me cuenta, orgulloso, situaciones en las que logra controlar sus impulsos y evita peleas en salidas nocturnas. Comienza un curso de mecánica en la UTU.

Con frecuencia me escribe mensajes entre una sesión y la siguiente, algo del orden de la permanencia y la continuidad existencial va tomando forma. Yo continúo acompañándolo, sin dejar de sorprenderme y aprender con él, eternamente agradecida.

Sé de dónde vengo, sé dónde voy
Por eso sé dónde estoy, no me avergüenza lo que soy
Sé cuál es mi lugar y a dónde pertenezco
Lo que no me corresponde y lo que merezco
Soy sangre de mi sangre y soy mi costumbre
Mis hábitos y códigos y mis incertidumbres
Soy mis decisiones y mis elecciones
Soy mis acciones
Solo y en la muchedumbre

El hijo de Hernández,
Cuarteto de Nos

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLEICHMAR, H. (1977). *Avances en psicoterapia psicoanalítica: Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Paidós.
- BOWLBY, J. (1989). *Una base segura: Aplicaciones clínicas de la teoría del apego*. Paidós.
- CAO, M. L. (2009). *La condición adolescente: Replanteo intersubjetivo para una psicoterapia psicoanalítica*. Autopublicación.
- CAO, M. L. (2013). *Desventuras de la autoestima adolescente: Hacia una clínica del enemigo íntimo*. Windú.
- GARCÍA VÁZQUEZ, S. (2010). Trauma psíquico y método psicoanalítico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 100, 149-169.
- RODULFO, R. (1993). *El niño y el significante: Un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana*. Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1989). *Exploraciones psicoanalíticas* (vols. 1-2). Paidós.